

to y desapasionado venir en conocimiento de muchas verdades, aunque nunca las haya oído ni estudiado otra vez. De este punto se halla mucho escrito entre las sentencias de los filósofos gentiles, que no hay para que referirlo: basta decir que tenían por tan averiguada esta verdad, que por sola ella se movían á hacer como ejercicios espirituales, y no con poco rigor, no más que para disponerse al estudio de la filosofía. Porque unos se iban á la soledad por no ser embarazados de los hombres en su meditacion, en que de día y de noche se ocupaban; otros ejercitaban un largo y riguroso silencio; muchos se abrazaban con la pobreza dejando con efecto las riquezas temporales; otros despreciaban la honra, y se reían de los que andaban en busca de ella; todo lo cual para ser ejercicios espirituales no les faltaba sino hacerlo para adquirir las verdaderas virtudes, y conseguir el último fin para que fueron criados. Pero hacíanlo para ser filósofos, que aunque el fin era más bajo, pero con esto daban á entender lo que sentían acerca de este punto que tratamos, conviene á saber, que no podían ser buenos filósofos, sin estar bien ejercitados y mortificados.

Pero dejando los sabios gentiles, se descubre mucho mejor lo que vamos diciendo en nuestros sagrados doctores que, como queda dicho, así como fueron santísimos, así fueron sapientísimos en todo género de ciencias divinas y humanas. Y así como en número y en excelencia de sabios, ha vencido la Iglesia católica la memoria de todas las naciones y siglos; así se ve cuánto ayudan para la verdadera sabiduría los ejercicios de santidad y de oracion que hay en ella. Porque no parece sino que la luz, que nuestro Señor comunica á los suyos en la oracion, conforta el entendimiento y reverbera en los libros, y que el entendimiento acostumbrado á la verdad

la conoce y la reconoce en cualquiera materia para abrazarla, y desechar la mentira. ¿Qué diré sobre todo de la ayuda que da Dios nuestro Señor á los que se la piden con humildad, y estudian con pura intencion de su servicio? Por este medio de la oracion vino á ser Salomon el más sabio de todos los hombres; y de este medio quiere nuestro santo Padre, que se ayuden los que estudian en la Compañía, pidiendo á menudo gracia en sus oraciones para aprovecharse en las letras, porque es muy cierto lo que dice el Eclesiástico: *Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentie replebit illum, et ipse tamquam imbres mittet eloquia sapientie suae, etc.*

## CAPÍTULO VI.

QUE EL MODO DE EJERCITARSE QUE NUESTRO SANTO PADRE ENSEÑA EN SU LIBRO, AYUDA PARTICULARMENTE AL ESTUDIO DE LAS LETRAS.

**B**IEN se ve por todo lo dicho en el capítulo pasado, cuán grande ayuda tienen todos los ejercicios de letras en los ejercicios espirituales, por medio de los cuales se alcanza la pureza y quietud del alma y la gracia de Dios nuestro Señor para aprovecharse en ellas. Pero viniendo en particular al libro de los *Ejercicios* que escribió nuestro santo Padre, lo que hace más á nuestro propósito, es declarar y probar que el modo de ejercitarse en el espíritu que se nos enseña en él, ayuda especialmente para aprovecharse en todo género de estudios y



de letras. Y para mejor entender esto, se han de presuponer algunas cosas. Lo primero, que aunque todo el discurso de estos ejercicios está dividido en cuatro semanas, pero en todas cuatro se proponen para meditar solamente dos materias: la primera, es de los pecados y penas de ellos, que pertenece á la primera semana, y á la vía que llamamos purgativa; la segunda, es la vida y muerte y resurreccion de Cristo nuestro Señor, en la cual se ocupan las tres semanas postreras, que comprenden la vía iluminativa y unitiva, como en su lugar hemos declarado. Lo segundo se note, que antes de entrar en cualquiera de estas dos materias, fuera del número de las meditaciones ordinarias pone nuestro santo Padre dos meditaciones, que son como principio y fundamento de las demás. Porque en la primera semana antes de la meditacion de los pecados se pone una meditacion debajo de este nombre de *principio y fundamento*, en que se trata del último fin del hombre, y del fin de todas las criaturas, y modo de usar de ellas. Y en la segunda semana antes de la meditacion de la Encarnacion, pone otra meditacion debajo de este nombre del reino de Cristo á semejanza del rey temporal, etc., en que se trata del fin de la venida de Cristo nuestro Señor al mundo, y del fruto que debemos sacar de ella. Y siendo estas dos meditaciones como fundamento de todas las demás, síguese claramente, que el modo de ejercitarse en las demás ha de ser conforme á lo que se pide y se declara en estos fundamentos. Nótese lo tercero, que estas dos verdades fundamentales, que están en estas dos meditaciones, así como ejercitadas y abrazadas de la voluntad, son fundamentos para el bien vivir; así tambien entendidas y abrazadas del entendimiento, son fundamentos para entender bien las demás verdades, y como

unas llaves para abrir y entrar á lo secreto de todas las ciencias. Y que las verdades en todas las ciencias estén como encerradas y escondidas, claramente se ve por los muchos que trabajan en buscarlas, y los pocos que aciertan con ellas. Pues digo, que así como estas dos verdades bien ejercitadas son el fundamento de todo el edificio espiritual que en este libro se nos enseña; así cuando están bien entendidas, abren camino para la inteligencia de todas las verdades, y para el aprovechamiento en todas las ciencias. Y este es el punto que pretendo probar y declarar en este capítulo. Nótese lo cuarto, que como estas dos verdades fundamentales sean por la mayor parte prácticas, nunca se entienden del todo, y como es razon, sino es con la práctica y el ejercicio. Y como estas dos potencias del entendimiento y de la voluntad estén tan hermanadas y trabadas entre sí, cuando la voluntad está bien afecta á estas verdades para ejercitarlas, el entendimiento está tambien más alumbrado para entenderlas; y por el contrario, se oscurece el entendimiento cuando está mal afecta y repugnante la voluntad. De lo cual se saca, que si hemos de seguir el orden más natural y más conveniente, primero es el ejercicio de la virtud que el de las letras, y los ejercicios espirituales que los de los estudios. Y así como en las artes ó ciencias subordinadas, las superiores dan probados sus principios á las inferiores; así entre estas dos facultades del bien vivir y del bien entender, aquella primera, como superior, le da á esta segunda sus principios, no tanto probados, quanto bien ejercitados. Tanta es la ayuda, ó por mejor decir, la necesidad que hay de vida buena y espiritual para aprovechar en letras y en doctrina. De todo lo dicho se concluye este discurso, que si todo el modo particular de ejercitarse en espíritu que nuestro



santo Padre enseña, es conforme á estas dos verdades fundamentales, y si estas dos verdades tanto son mejor entendidas cuanto son mejor ejercitadas, y si estando bien entendidas son como dos llaves para entrar en lo secreto de todas las ciencias y para descubrir los errores que suelen mezclarse en ellas; síguese claramente que el que se ejercitare espiritualmente por estos ejercicios, estará bien dispuesto y tendrá una grande ayuda para sacar mucho provecho del trabajo que pusiere en el estudio de las letras.

Resta que probemos lo que queda dicho de estos dos fundamentos. El primero de ellos, que está al principio de la primera semana y es fundamento de ella, y por consiguiente de las demas y de toda la vida espiritual, consiste en estos puntos. Primero, el último fin para que el hombre fué criado es Dios nuestro Señor, conviene á saber, para servirle en esta vida y gozarle despues de ella. Segundo, todas las demas criaturas fueron criadas para el hombre, esto es, para que le ayuden á alcanzar su último fin para que fué criado. Tercero, se sigue de aquí que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin; y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para esto le impiden. Cuarto, se sigue de aquí que debe el hombre hacerse indiferente á todas las cosas criadas, de manera que, cuanto es de su parte, no quiera más lo próspero que lo adverso, solamente deseando y eligiendo lo que más nos ayuda para el fin á que somos criados. Digo pues, que esta verdad bien entendida y bien amada y ejercitada, y todo el ejercicio espiritual que es conforme á ella, dispone y ayuda muy particularmente, primero al conocimiento de las criaturas, segundo al conocimiento de su Criador, tercero al conocimiento é inteligencia de las sagradas Escrituras, en

que están las verdades que Dios nos ha revelado, y son como una fuente de luz y de verdad. Cuanto á lo primero del conocimiento de las criaturas (al cual pertenecen las ciencias naturales) decíamos dos cosas en el capítulo pasado. La primera, que la curiosidad vana de conocer los secretos naturales no sirve sino de desvanecer á los que la tienen, discurriendo siempre por conjeturas engañosas, sin acabar de dar en lo cierto de la verdad. Por lo cual dijo Salomon, que habia criado Dios este mundo como un enigma, y puéstole en los ojos de los hombres para que se cansasen y fatigasen en él, y deseando y procurando entenderle, no le alcanzasen <sup>1</sup>: *Vidi afflictionem, quam dedit Deus filiis hominum, ut distendantur in ea. Cuncta fecit bona in tempore suo, et mundum tradidit disputationi eorum, ut non inveniatur homo opus, quod operatus est Deus ab initio usque ad finem.* Lo segundo decíamos, que este estudio de las cosas naturales, cuando no se toma por sí mismo y con vana curiosidad, sino para venir por medio de él en conocimiento y alabanza de Dios, y para ayudarnos de él para alcanzar las letras sagradas, en las cuales está el verdadero conocimiento de Dios, y los medios que hay para servirle y gozarle, que entonces este estudio era provechoso, porque aunque por sí mismo está lleno de incertidumbres y conjeturas; pero nos da la mano, y nos abre camino para venir en conocimiento de cosas más ciertas y provechosas. Y si alguna cosa cierta y provechosa se puede saber de las criaturas, es el fin para que Dios las crió, y el buen uso que hemos de tener de ellas. Y sobre este fundamento, y sin perderle de vista, discurren maravillosamente nuestros santos doctores por

<sup>1</sup> Eccles. III, 10, 11.



el conocimiento de las cosas naturales; y todo lo que sabía de aquí, ó lo tuvieron por vano ó por incierto; y así juzgaron, ó que se había de dejar del todo como vano, ó que si se había de trabajar en ello, aunque fuese incierto, era, como está dicho, porque en alguna manera nos podía ayudar para el conocimiento de nuestro último fin, y de los medios con que hemos de alcanzarle. Y habiendo penetrado las sutilezas de los filósofos, juntamente penetraban la fragilidad é incertidumbre de ellas, y que con el calor del discurso humano muchas veces se resuelven en vapores; y así templaban la vana curiosidad con lo que dice Salomón <sup>1</sup>: *Didici quod omnia opera, quæ fecit Deus, perseverent in perpetuum: non possumus eis quidquam addere, neque auferre, quæ fecit Deus ut timeatur.* Que es una sentencia excelente para este propósito, en que un hombre tan sabio confiesa de sí, que de las obras de Dios solamente había aprendido que estaban bien hechas, y que las había hecho Dios para ser temido y reverenciado. Porque queriendo Dios humillar la altivez y vana curiosidad de los entendimientos, con que ordinariamente se desvanecen los que se tienen por sabios, solamente dió lugar, despues de mucho estudio y trabajo, para entender que todas las criaturas de Dios salieron de sus manos perfectas y cabales para el tiempo y para el fin que él las crió; y que no se les puede añadir ni quitar una jota, sino que como son, así han de ser y son, y han de ser como Dios las hizo; y Dios las hizo así para ser temido y reverenciado por ellas. Pues ¿cómo será posible conocer que son buenas para su fin, sino es conociendo este fin? Y ¿cómo será Dios temido y reverenciado por ellas, si con el mal uso de ellas es ofendido?

<sup>1</sup> Eccles. III, 14.

Esto mismo se puede declarar con el ejemplo de todas las cosas artificiales, las cuales se hacen de cierta materia y con cierta figura particular, conforme al fin para que las queremos; y de ahí es que miradas en sí mismas son como un enigma muy oscuro que no se puede entender, y como una cifra muy cerrada, que no se puede declarar hasta saber el fin para que se hicieron. Porque ¿quién adivinará qué cosa es el calzado, y por qué está hecho con esta forma y manera, si no sabe que se hizo para el pie? y ¿quién entenderá qué es una llave ó una sierra, si no sabe que aquélla se hizo para cerrar y abrir, y ésta para cortar? Y mucho más sería la dificultad, si quisiésemos usar de estas cosas para fines contrarios ó diferentes, como sería si quisiésemos cortar con una llave, ó abrir la cerradura con un cuchillo. Porque entonces todo dice mal, la materia y la forma, y todas las demas disposiciones y calidades; y lo peor es que nos quejamos de los instrumentos como si estuviesen mal hechos; y en la verdad no tienen ellos la culpa, sino nosotros, que por no conocerlos los violentamos y los hacemos servir en otros usos de aquellos para que fueron hechos. Esto mismo pasa en el conocimiento de todas las otras cosas naturales, que habiéndolas Dios criado para algun fin, ¿cómo es posible que se conozca el hombre á sí mismo y á ellas, si no es conociendo primero el fin para que fué criado el hombre, y para que fueron criadas ellas? Y usando de ellas para el fin que fueron criadas, y conforme á la voluntad de su Criador; todas son buenas y vienen bien, y de todas se hallan razones convenientes. Mas porque muchas veces les hacemos violencia, y las sacamos de sus quicios, por eso ni las entendemos, ni las conocemos, ni hallamos razones convenientes de ellas. Síguese, pues, de lo dicho, que la llave



para conocer las criaturas, es conocer el fin para que fueron criadas, como se dice en el principio y fundamento.

Cuanto á lo segundo, del conocimiento del Criador (dejando aparte lo que sabemos por revelacion de las Escrituras, de lo cual diremos despues), es cierto que este mismo principio y fundamento ayuda de muchas maneras para venir en conocimiento de Dios. Lo primero, porque conocemos á Dios como primer principio y último fin del hombre, y de todas las cosas criadas. Segundo, por parte del hombre, porque éste es comun sentimiento de los santos, que el conocimiento de sí mismo es el mejor medio para venir en conocimiento de Dios: y ¿cómo se puede un hombre mejor conocer á sí mismo, que conociendo el último fin para que fué criado? Tercero, por parte de las criaturas, porque así como fueron criadas para que nos ayudasen á conseguir nuestro último fin, que es servir y glorificar á nuestro Criador, así hay en ellas algunos rastros para venir en conocimiento del mismo Criador, como dice el Apóstol: *Invisibilia enim ipsius a creatura mundi per ea, quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur*. Que las cosas que son invisibles en Dios, se ven en el espejo de las criaturas, y se conocen por el conocimiento de las cosas que hizo el mismo Dios. Y nunca las criaturas son más claros espejos, y más limpios, de su Criador, que cuando usamos de ellos conforme á la voluntad del mismo Criador.

Añádese á esto, que no nos es permitido escudriñar curiosamente los secretos de la Divinidad, como se dice en los Proverbios: «Así como el que come miel, no le está bien si come mucho, así el que escudriña la Majestad, será oprimido de la gloria.» Y el Eclesiástico nos

<sup>1</sup> Rom. I, 20.—<sup>2</sup> Prov. XXV, 27.

enseña la moderacion que debemos tener en esto cuando dice: *Altiora te ne quæsieris, et fortiora te ne scrutatus fueris; sed quæ præcepit tibi Deus, illa cogita semper, et in pluribus operibus ejus ne fueris curiosus*. No busques lo que está sobre tí, ni te pongas á escudriñar lo que es sobre tus fuerzas; mas en lo que Dios te manda, en éso piensa siempre para cumplirlo, y en sus obras para entenderlas no seas curioso. De manera que hemos de conocer de Dios en esta vida, lo que basta para reverenciarle y amarle; hemos de conocer su voluntad y mandamientos para cumplirlos; hemos de conocer finalmente el camino que hay de nosotros á Dios, para no desviarnos de él; y tambien hemos de conocer el buen uso de las criaturas, para que no nos estorben ni embaracen, antes nos lleven y nos apresuren al puerto de la bienaventuranza. Y si bien lo miramos, gran parte de la teología es la que se emplea en esto, la cual aquel la entenderá mejor, que estuviere más dispuesto para ejercitarla y obrarla. Y por el contrario, no hay cosa con que más se cieguen los hombres para no hallar la verdad, como pervertir el uso de las criaturas poniendo en ellas el último fin; por lo cual dijo san Pablo hablando de los sabios de este mundo, que vinieron á perder su sabiduría y hacerse necios é insipientes, porque habiendo conocido á Dios, no le sirvieron y glorificaron como á Dios; y de esta manera trocaron la verdad por la mentira, sirviendo á las criaturas, y anteponiéndolas á su Criador: *Quia cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt; sed evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum; dicentes enim se esse sapientes, stulti*

<sup>1</sup> Eccli. III, 22,—<sup>2</sup> Rom. I, 21, 22.



*facti sunt.* Y más abajo dice, que trocaron la verdad por la mentira, porque tambien trocaron el servicio y honra del Criador por la honra y servicio de la criatura: *Qui commutaverunt veritatem Dei in mendacium, et coluerunt, et servierunt creaturæ potius quam Creatori, etc.* Lo cual aunque dice á la letra el Apóstol de los que adoraban los ídolos, pero tambien se puede entender de los que ponen su fin y su amor en las criaturas, con deservicio y ofensa de su Criador, que por este camino se les viene á oscurecer el entendimiento, y pensando que son sabios, en la verdad no lo son. Sácase pues de lo dicho, que de muchas maneras nos dispone y ayuda el fundamento de los ejercicios para venir en conocimiento de Dios.

Vengamos á lo tercero, que es la inteligencia de la sagrada Escritura, para lo cual tambien ayuda grandemente este mismo principio y fundamento bien sentido y ejercitado. Porque ¿qué otra cosa se contiene en la sagrada Escritura, sino lo que brevemente se resume en este fundamento, conviene á saber, que Dios es el principio y último fin de todas las cosas, el cual crió al hombre para sí, y todas las demas criaturas para el hombre, y para que de ellas se ayudase el hombre para conseguir su último fin? Y no dejaré de decir á este propósito una cosa que á mi parecer merece ser advertida y ponderada. Y es que tratando el bienaventurado san Agustin en los libros de Doctrina cristiana de formar un maestro y predicador eclesiástico, y de dar reglas para entender la sagrada Escritura, puso por primer principio y fundamento este mismo que puso nuestro santo Padre al principio de sus *Ejercicios*. Las palabras de san Agustin son estas: *Res ergo aliæ sunt, quibus fruendum est, aliæ quibus*

<sup>1</sup> Lib. 1 de Doctrina christiana, c. 3.

*utendum; aliæ quæ fruuntur et utuntur: illæ quibus fruendum est beatos nos faciunt; istis quibus utendum est, tendentes ad beatitudinem adjuvamus, et quasi adminiculamur, ut ad illas, quæ nos beatos faciunt pervenire, atque his inhærere possimus. Nos vero qui fruimur, et utimur, inter utrasque constituti, si eis quibus utendum est, frui voluerimus, impeditur cursus noster, et aliquando etiam deflectitur, ut ab iis rebus, quibus fruendum est obtinendis, vel retardemur, vel etiam revocemur inferiorum amore præpediti.* Todas cuantas cosas hay en este mundo, dice este santo y sapientísimo doctor, son en tres diferencias. Porque unas son para gozarlas, otras para usar de ellas, y las terceras son las que usan de las unas y gozan de las otras. Las que se han de gozar son aquellas que nos hacen bienaventurados; de las que se ha de usar nos ayudamos para poder finalmente llegar y alcanzar aquellas que nos han de hacer bienaventurados; y nosotros que estamos entre las unas y las otras para usar de las unas y gozar de las otras, si queremos gozar de aquellas que se nos dieron tan solamente para el uso, sin duda se impide, y algunas veces tambien se tuerce nuestro camino; y embarazados con el amor de cosas inferiores y menores, ó volvemos atrás, ó llegamos más tarde á conseguir aquellos bienes, que si se goza de ellos nos hacen bienaventurados. Léase lo que dice el mismo santo doctor acerca de este punto en el capítulo cuarto del mismo libro, y en otros lugares diferentes de él, que todo es un excelente comentario y declaracion de nuestro principio y fundamento. El cual si, como dice este glorioso doctor, ayuda tanto para la inteligencia de las Escrituras, bien se saca de ahí, que la misma verdad, que siendo ejercitada y obrada nos abre camino para ser santos, esa misma siendo entendida nos le abre tambien para ser sabios; y



no puede dejar de dar mucha luz esta verdad á todas las sagradas Escrituras, porque es como el blanco y el intento de todo lo que se trata en ellas. Y si para entender un capítulo ayuda tanto leer primero en el título la suma de él, ¿cuánto ayudará para la inteligencia de todas las Escrituras, tener la suma de ellas escrita y estampada en el corazon?

## CAPÍTULO VII.

PRUEBASE LO MISMO DEL SEGUNDO FUNDAMENTO DE LOS EJERCICIOS.

**M**UY ajeno será de la verdad y del intento que aquí llevamos, si alguno pensase que con sólo hacer estos ejercicios espirituales ha de quedar docto en todo género de letras divinas y humanas; porque hablando por via ordinaria, éstas no se alcanzan sino con mucho tiempo, y con mucho trabajo y estudio, y con todos aquellos medios y diligencias de que nuestro santo Padre trata á la larga en la cuarta parte de las Constituciones. Mas lo que pretendemos es, que para que el trabajo del estudio tenga mejor suceso, y se saquen de él más copiosos frutos, es de suma importancia la pureza y quietud de ánima que se alcanza por estos ejercicios, y el estar prevenido y dispuesto el corazon con la inteligencia, y mucho más con la práctica de aquellas verdades fundamentales que van abriendo el camino, y concuerdan bien, y se conciertan con todas las otras verda-

des que va descubriendo el estudio en todas las ciencias, y tambien en las sagradas Escrituras. Y á este propósito hemos declarado en el capítulo pasado en cuántas maneras nos ayuda para esto, el fundamento que está al principio de la primera semana.

Al principio de la segunda, y antes de entrar en la meditacion de la vida y muerte y resurreccion de Cristo nuestro Señor, se pone otro fundamanto con título del reino de Cristo á semejanza de un rey temporal, el cual tambien ayuda por su parte para aprovecharse en todo género de doctrina. Para lo cual se debe presuponer lo primero, que el fin de aquella meditacion del reino de Cristo es tener bien entendido el que él tuvo en venir á este mundo, y el que nosotros hemos de tener en la meditacion de estos misterios, que es hacer guerra á nuestra sensualidad y al amor carnal y mundano, y servir é imitar á Cristo nuestro Señor cuanto más de cerca pudiéremos, principalmente llevar con él nuestra cruz, como se ve todo esto claramente en las últimas palabras de este ejercicio. Nótese lo segundo, cómo en el discurso de esta segunda semana va subiendo el edificio espiritual sobre este fundamento de verdadera humildad, y de la imitacion y amor de la santa cruz. Porque luego en la meditacion de las banderas, así como se pone la soberbia por el último grado de los males á que el demonio nos incita, así tambien se pone el más alto grado de las virtudes á que nos persuade Cristo nuestro Señor en la humildad; y finalmente toda la suma de la perfeccion evangélica se viene á reducir á tres grados de humildad, que consisten en sujetarse á la divina voluntad, con menosprecio de todas las cosas prósperas, y amor á todas las adversas que hay en el mundo. Véanse los tres grados de la humildad que pone nuestro santo Padre á